

Fernández, Víctor Manuel

¿Activismo deshumanizante o escepticismo post-moderno?

Seminarios sobre los ministerios en la Iglesia Vol XLVI, N° 158, octubre-diciembre 2000

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Fernández, Víctor M. "¿Activismo deshumanizante o escepticismo postmoderno?" [en línea]. *Seminarios sobre los ministerios en la Iglesia*, 46, 158 (2000). Disponible en:
<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/rectorado/activismo-deshumanizante-escepticismo.pdf> [Fecha de consulta:.....]

que nada los prohíbe y todo invita a actualizarlos unidos (de consuno); que es preciso no dejarse llevar por el desánimo pues el futuro, en lo esencial, está en nuestras manos, a poco que aceptemos entrar en estos procesos de aprendizajes teológicos, institucionales y espirituales, que no tienen nada de utópico, y sin los cuales los discursos se quedarán en discursos y los decretos, antiguos o nuevos, restarán estériles.

Nada nos obliga a "hacer lo que siempre se ha hecho" y a creer que se escapará de la esterilidad de la repetición a condición de "rezar más" y de "sacrificarse más".

Pero la teología, y particularmente la eclesiología, tiene unos límites. Por una parte la eclesiología no es la Iglesia, lo mismo que la sociología no es la sociedad, o la ética no es la moral vivida; por otra parte la clave de la decisión no está (¡felizmente!) en manos de los teólogos. Estos últimos deben respetar las orientaciones de los pastores, pero por otra parte no son exonerados de su obligación, en la diversidad de carismas y ministerios, de exponer los resultados de su investigación a los pastores, en privado⁶², si los pastores estiman que un debate público sobre el tema puede ser inoportuno.

En todo esto son importantes las posturas (actitudes) espirituales, lo que puede justificar que la *Vie spirituelle* se haya interesado en el tema por dos veces en cuarenta años. Sería molesto y lamentable que la teología y la espiritualidad siguiese cada una caminos divergentes⁶³. La espiritualidad que felizmente ha dejado de confundirse con la ascesis, como hace poco, no puede tampoco confundirse con la inmediatez de la experiencia religiosa más allá de las diferentes mediaciones del saber.

El futuro pasa naturalmente por la conjunción de los dos, particularmente si se estima razonable restablecer la tradición de la llamada.

⁶² Este es recomendado por el Código de Derecho canónico, canon 212, § 2 y 3: «Tienen el derecho y a veces el deber, de dar a los pastores su opinión en lo que atañe al bien de la Iglesia, y de darlo a conocer a los demás fieles».

⁶³ Un capítulo merecería mayor atención, el de la espiritualidad sacerdotal, durante largo tiempo insuficientemente enraizada en el bautismo.

¿ACTIVISMO DESHUMANIZANTE O ESCEPTICISMO POSTMODERNO?

Autor: Víctor Manuel Fernández.
Doctor en Teología. Sacerdote que colabora en la Formación Permanente de su diócesis. Actualmente es director de Estudios del Seminario-profesorado "Jesús Buen Pastor" de Río Cuarto (Argentina)

El autor trata de afrontar los desafíos que plantea la actividad pastoral. Invita a participar en las inquietudes del mundo, donde Dios nos ha colocado para realizar un proyecto histórico. No caer en la ansiedad por hacer cosas, la fecundidad depende más de la acción de Dios. Saber que no podemos hacerlo todo, ni contentar a todos, que es mejor tener confianza que creerse omnipotente. Ni dejarse arrastrar por la apatía y elegir lo que es preciso hacer, aunque no nos guste o nos cueste. Contar con la gracia que armoniza los diversos aspectos de nuestra vida.

Reconciliarse con la actividad y el mundo externo ¹

Las dificultades concretas de la vida sacerdotal nos invitan a ser realistas, y a reconocer que la espiritualidad y la actividad pastoral se desarrollan en una historia concreta que plantea permanentes *desafíos*. Por eso se hace necesario reconocer algunas dificultades de la actividad pastoral que suelen perturbar la armonía entre espiritualidad y acción, y preguntarnos por el tipo de espiritualidad y el estilo de vida que puedan orientarnos hacia una armonía real.

¹ Este artículo es parte de un extenso libro de próxima aparición titulado "Actividad, espiritualidad y descanso. Armonía vital y unidad interior".

1. Aceptar la dispersión

En primer lugar reconozcamos que en la vida cotidiana actual se hace necesario *aceptar* la dispersión inevitable y darle un sentido; porque, en el mundo de hoy, vivir luchando contra la dispersión es exponerse a vivir enojado y a la defensiva. Es como patear un aguijón. Por eso es importante buscar la manera de “integrar” adecuadamente la dispersión en nuestro proyecto de vida:

“Lo cotidiano, lo que cada día puede sobrevenir, es lo no previsto, lo desconcertante, y también en la vida sacerdotal, lo múltiple, el riesgo de fragmentación interior. Si pudiéramos caer en la cuenta que toda esa multiplicidad y dispersión cotidiana constituye el acontecer de la historia —de nuestra pequeña historia—, acontecer que no nos sobreviene anónimamente, sino al que Dios nos envía y en el que nos mete y nos inserta, es decir, nos compromete cotidianamente; entonces podríamos tal vez convertirlo en vivencia personal de la voluntad de Dios, que recogida por nuestro amor a él, nos sostuviera y nos unificara en las profundas raíces de nuestra vida interior, en el cruce profundo de nuestro vivir, aun cuando en la superficie, el viento de la multiplicidad siguiera dispersando las olas en todo sentido y aparente contrasentido”².

Por ejemplo, si uno se levanta a la mañana con la idea de que vivirá un día sin tensiones, sin imprevistos, sin personas inoportunas, así se expone a reaccionar mal en cuanto aparezcan esas situaciones indeseables, y a llenarse de tensiones y desgastes innecesarios³.

En cambio, si uno se levanta, y hace aunque sea un breve momento de oración que consista en un acto de amor a Dios, y le ofrece a él todas las tensiones, imprevistos y momentos difíciles que aparezcan en el día, y le pide que las sensaciones negativas que broten sean un modo de asociarse a la pasión de Cristo y se hagan misteriosamente fecundas, entonces, cuando lleguen esos momentos que nunca faltan, los recibirá con una disposición interior más serena, hasta con una sonrisa tolerante, y podrá integrarlos en su ideal de vida dándoles un sentido que los integre a su opción profunda.

² L. GERA, *Caridad pastoral y unidad de vida*, en *Pastores* 4 (1995)18.

³ Y a enojarme porque estoy enojado, llenándome de sentimientos de culpa.

También es útil, si se trata de una dificultad permanente, pedir todos los días el don de una mayor libertad interior; el solo hecho de pedirla hará que, con la gracia de Dios, se vaya despertando el deseo de ser más libres frente a los propios esquemas y planes, y que, si es necesario, sepamos también decir que no con calma y amabilidad.

Una “espiritualidad de la dispersión”, propia de los caminantes contingentes que somos, nos protege del dañino ensimismamiento postmoderno (que no es más que una forma radicalizada de consumismo) sumamente nocivo para un evangelizador, porque puede destruir profundamente esa disponibilidad ante los demás y ante la vida que es necesaria para seguir creciendo como pastores:

“¿No miramos quizás los varios acontecimientos de la vida a menudo como interrupciones, grandes o pequeñas, que estropean nuestros planes, nuestros proyectos, nuestros diseños de vida? ¿No protestamos interiormente cuando alguien interrumpe nuestra lectura, el mal tiempo nuestro verano, la enfermedad nuestros proyectos bien elaborados...? ¿Y si las interrupciones fuesen oportunidades, si nos desafiaran a una respuesta interior que se traduzca en un crecimiento, haciéndonos alcanzar la plenitud del ser?...¿Y si las interrupciones imprevistas no fuesen, de hecho, otra cosa sino invitaciones a abandonar los modelos de vida anticuados y pasados de moda, abriéndonos campos de experiencia nuevos e inexplorados?”⁴.

Es tan propio del hombre y sus proyectos estar limitados por las circunstancias, que el mismo Hijo de Dios, al hacerse hombre, estuvo sometido a esos límites. ¿Entonces alguien podría pretender vivir sin ellos?

La “consciencia serena de la dispersión que nos es propia” es aceptarse de modo realista como un constructor de historia, con todo lo que implica de renuncia al propio tiempo, de disponibilidad, de encuentro con el diferente, de enfrentamiento con el que nos cuestiona, de cansancios y también de errores, fracasos y caídas que Dios mismo utiliza para construir lo que debemos llegar a ser:

“¿En qué quedaría la santidad de nuestros santos si quitáramos toda su historia humana de esfuerzos, cansancios, caídas, tentaciones, crisis, de pequeños pasos adelante casi imperceptibles, momentos de

⁴ H. J. M. NOUWEN, *Abriéndonos*, Bs. As. 1994, 48-49.

Dios nos
quiso cami-
nantes y la
meta está
al final

entusiasmo y de intimidad con Dios y de descenso a los infiernos, de visiones en el séptimo cielo y desconcertante experiencia de su propia debilidad?"⁵.

No podemos vivir esta realidad como un peso pasajero que hay que soportar, sino como el apasionante desafío que Dios ha querido proponernos. Él amó crearnos como caminantes.

Ni siquiera podríamos "tolerar" esta situación con la esperanza en un cielo sereno, en una impasible felicidad después de la muerte. Porque el cielo no es liberarnos de los demás. Mantengamos, sobre la vida eterna, la visión bíblica, para la cual la plenitud sólo será alcanzada por cada uno cuando todos la alcancen, cuando la alcance esta tierra al fin de esta historia, y no mientras dure esta historia, no simultáneamente a la marcha y a la lucha de esta historia, lucha que es real, como lo muestran los rostros de los hambrientos, la crueldad de las guerras, el peso del mal en nuestras vidas cotidianas. De hecho Ap 6,9-11 presenta a los mártires intercediendo por los que están sufriendo la injusticia en la tierra, solidarios con este mundo en camino al punto que, según este texto, deben sufrir una espera "hasta que se complete el número de los consiervos y hermanos que iban a ser muertos como ellos"⁶. Ellos aman esta tierra que se hace vida en nuestro cuerpo, este mundo bello que es don de Dios, la tierra que está haciendo historia junto con nosotros y está llamada, con nosotros, a la plenitud del Reino que no se ha realizado todavía y que estamos esperando.

Esta actitud adecuada se expresó en S. Teresa de Lisieux, que deseaba pasar su cielo "haciendo el bien en la tierra", y no le interesaba tanto su gozo celestial cuanto seguir participando en la salvación del mundo:

*"Siento que te seré mucho más útil en el Cielo que sobre la tierra... Cuento con no permanecer inactiva en el Cielo, mi deseo es de continuar trabajando aún por la Iglesia y por las almas... Si yo dejo el campo de batalla no es con el deseo egoísta de descansar; el pensamiento de la felicidad eterna apenas logra estremecer mi corazón... Me atrae la esperanza de amarlo por fin como tanto he deseado y el pensar que podré hacerlo amar por una multitud"*⁷.

⁵ A. CENCINI, *Por amor, con amor, en el amor*, Madrid 1996, 846.

⁶ Cf. J. MASSYNGBERDE, *Revelation*, New York 1975, 111.

⁷ S. TERESA DE LISIEUX, Carta al P. Roulland del 14/07/1897.

Entonces tendremos que asumir que no podremos liberarnos nunca de cierta "tensión", mientras el mundo y la Iglesia —los demás— no alcancen la plenitud. Por lo tanto, el ideal de liberarse de los problemas mundanos de ninguna manera puede integrarse en la utopía cristiana, ni siquiera después de la muerte.

Entonces, no vale la pena vivir pendientes de ese sueño idílico y creer que podremos liberarnos de la "obligación" de ser solidarios. Conviene más bien abrir el corazón a la historia y motivarnos desde el amor cristiano a ser constructores apasionados de este mundo y luchadores junto con Cristo (Ap 17,14), hasta que él sea todo en todos.

Sólo desde esta perspectiva puede aceptarse hoy —en el mundo postmoderno que nos condiciona— que es necesaria "una constante disponibilidad a dejarse absorber, casi devorar, por las necesidades y exigencias de la grey" (PDV 28).

Si Dios nos creó en el tiempo y en la historia es porque hay un *proyecto histórico* que realizar. Si no fuera así, nos habría creado directamente en el estado glorioso.

Tocados por su gracia, y sabiéndonos amados, somos invitados a una respuesta constructiva, a un crecimiento, a una misión que Dios espera que realicemos. Por eso, la opción de fondo que hacemos en nuestra vida es al mismo tiempo una opción "vocacional", implica la entrega a una tarea concreta para la gloria de Dios y el bien de los demás. La opción por amar siempre es amar ante todo en el cumplimiento de una vocación para la gloria de Dios y el bien de los demás. Cumpliendo por amor esa vocación hacemos historia, tratamos de dejar este mundo mejor que como lo hemos encontrado, y nos apasiona vivir en esa perspectiva.

Por eso, no tendrá pleno sentido que hayamos pasado por este mundo si tanto el descanso como la espiritualidad no se ordenan a realizar una misión. En este sentido, el mejor descanso y la mejor oración se producen cuando despiertan o ayudan a despertar un deseo amoroso y entusiasta de realizar esa misión.

Hay una historia que realizar, y eso es lo que especifica esta forma de vivir que se realiza en la historia; porque, si bien el cielo es descanso y adoración, esta vida no es simplemente una copia imperfecta de la gloria; es también una etapa que tiene características propias. Y así como un niño está llamado a la vida adulta, pero no debe

*Abrir el
corazón a la
historia y ser
constructores
apasionados
de nuestro
mundo*

*Tanto el
descanso
como la
actividad
se ordenan
a realizar
una misión*

copiar en su niñez las características del adulto sino ser plenamente niño, del mismo modo, aunque estemos llamados a la plenitud de la gloria celestial, debemos vivir esta etapa en la tierra como lo que es: un *proceso* histórico que necesariamente requiere un “empeño” amoroso, una donación activa para *construir* la historia.

Hoy esto se desdibuja un poco por el estilo de vida postmoderno, donde los objetivos intrahistóricos se orientan excesivamente a la búsqueda de sí y a la ansiedad eficientista, produciendo la insatisfacción de no poder poseer todo lo que ofrecen la vida y el mercado. Se trata de una búsqueda del bienestar y de la íntima autonomía que permita gozarlo, por lo cual la persona, también el sacerdote, está como a la defensiva, protegiendo su espacio personal, sintiéndose víctima cuando no puede tener y gozar lo que quisiera. Si no toma conciencia clara de esta inclinación y no la enfrenta alimentando un ideal de servicio y de disponibilidad “misionera”, se convertirá cada vez más en hijo de la insatisfacción, ya que su ser no ha sido creado para ese estilo de vida. Mantener ese estilo de vida, entonces, no es un adecuado amor a sí mismo.

Es cierto que la disponibilidad debe ser realista para evitar que las consecuencias negativas de una actividad imprudente terminen cayendo sobre la misma grey; porque un pastor que no descansa suficientemente, que vive tensionado y ansioso, que no es capaz de reposar en la oración, se expone a la neurosis y al ‘stress’, con lo cual será cada vez menos apto para servir a los demás. Por otra parte, dejarse absorber o involucrar excesivamente con algunos, puede llevar a que no estemos jamás serenamente disponibles para los otros. La caridad, en su ejercicio externo, también es regulada por la prudencia. Y la disponibilidad debe ser lúcida y libre para que sea tal.

Pero necesariamente el pastor debe estar centrado en el ideal de ser para los demás con una disponibilidad que implica cierta dispersión. El ama a un Dios que quiso “tener tiempo para los hombres” (Karl Barth), y por eso el amor a Dios le plantea la exigencia de renunciar a disponer completamente de su propio tiempo y de su “concentración”. Ese sueño de amor es irrenunciable; negarlo o debilitarlo es contrario a la misma identidad espiritual cristiana.

Conviene entonces desarrollar una “mística de la dispersión” que nos permita vivirla con un sentido profundo, y hasta con pasión, como lo sugiere este bellissimo texto de Chiara Lubich:

Sensación postmoderna de sentirse víctima cuando no se consigue toda la satisfacción

El pastor debe renunciar a disponer completamente de su tiempo

“Este es el gran atractivo del tiempo moderno: sumergirse en la más alta contemplación y permanecer mezclado con todos, hombre entre los hombres. Diría más todavía: perderse en la muchedumbre para informarla de lo divino, como se empapa la migaja de pan en el vino. Y diría todavía más: hacernos partícipes de los designios de Dios sobre la humanidad, trazando sobre la multitud estelas de luz; pero al mismo tiempo, compartir con el prójimo la deshonra, el hambre, los golpes, las breves alegrías”⁸.

2. Sanar la corrosiva ansiedad

Pero si nos situamos frente a la manera concreta como se valora la actividad, la propuesta es la siguiente: Reconocer y superar la ansiedad por hacer cosas, pero *sin caer en el extremo opuesto del escepticismo y el relativismo*. Se trata de un equilibrio importantísimo y sumamente delicado. En él se juega la salud psíquica, espiritual y física del pastor.

En primer lugar, superar la ansiedad. Porque si no se enfrenta la ansiedad misma, la reducción de tareas no resuelve las dificultades del activismo. Al limitar la cantidad de tareas, la fiebre que se ponía en ellas se desplaza a las pocas actividades que se conservan, porque el ansioso siempre vive unos pasos más adelante, y encontrará nuevos desafíos y posibilidades en las tareas que retenga: “Estar ocupados, activos, siempre en movimiento, ha llegado a ser casi parte de nuestra constitución”⁹.

Una manera de superar la ansiedad es profundizando en la oración, en la lectura y las pequeñas opciones de cada día, lo que se llama “sentido de misterio”, que consiste en una convicción interior de que la fecundidad de una tarea evangelizadora depende más de la misteriosa acción de Dios que de la multitud de actividades o de la perfección meticulosa de una obra. Es cierto que Dios espera de nosotros una cooperación, pero la cooperación con él es cualquier actividad realizada con amor y por amor. El amor que confía en el Amado —y así se entrega— es el canal que facilita la acción sobrenatural de Dios y por lo

Afrontar la ansiedad, no simplemente reducir tareas

La fecundidad de la tarea depende de la acción misteriosa de Dios

⁸ CH. LUBICH, *El fuego de la unidad*, Buenos Aires 1998, 128.

⁹ H. J. M. NOUWEN, *Abriéndonos* (cit) 68.

La realidad puede enfrentar al sacerdote con exigencias que lo superan y desaniman

ESTUDIOS

tanto da a una obra su mayor eficacia “sobrenatural”¹⁰. Todo lo que no se hace al modo de Dios –en el amor confiado– podrá producir resultados inmediatos deslumbrantes, pero no tendrá profundidad ni estabilidad, y finalmente descubriremos que nuestra vida ha quedado encerrada en los pequeños límites de nuestras “grandes obras”:

*“Las técnicas de evangelización son buenas, pero ni las más perfeccionadas podrían reemplazar la acción discreta del Espíritu. La preparación más refinada del evangelizador no consigue absolutamente nada sin él. Sin él, la dialéctica más convincente es impotente sobre el espíritu del hombre. Sin él, los esquemas más elaborados sobre bases sociológicas y psicológicas se revelan pronto desprovistos de todo valor... Él es el agente principal de la evangelización”*¹¹.

El sentido de misterio, la convicción de que los caminos de la gracia no coinciden con los caminos del eficientismo mundano, la seguridad de que “Dios siempre es mayor” que cualquier actividad, y que nada es absoluto, nos ayudarán a reducir la fiebre del hacer para optar por la calidad y la profundidad de nuestra actividad. Ni siquiera Jesús pretendió hacerlo todo: “Jesús no vive devorado por la fiebre de curar todos los enfermos, de saciar a todos los hambrientos, de liberar a todos los esclavos. No tuvo la pretensión de hacerlo todo. Él realizó acciones liberadoras y salvadoras significativas del Reino”. Por eso “más importante que la cantidad de lo que hacemos es el modo como lo hacemos. Es vital que ese modo deje transparecer al Señor que actúa a través de nosotros”¹².

Sin la elaboración de esta convicción profunda, como ya dijimos, la reducción de actividades no basta para superar la ansiedad, porque esa ansiedad sigue estando presente y encuentra la manera de justificarse, por ejemplo, encontrando nuevas exigencias en las pocas tareas que se conserven. La gente nunca podrá dejar de decir: “¡El sacerdote está tan ocupado!”

Pero además, sin el sentido de misterio va creciendo una dependencia enfermiza de los resultados y de la aprobación de los demás, de

manera que cuando se descubre –tras repetidas desilusiones– que en realidad los logros nunca van a responder al ideal de éxito, reconocimiento social y eficacia que uno tiene, es posible que uno termine bajando los brazos y optando por una vida cómoda.

Quizás cuando el apóstol estaba en el Seminario, leyendo los documentos de la Iglesia, o escuchando las críticas a los curas, o elaborando un ideal de perfección sacerdotal, comenzó a pensar que él debía dar respuesta a todo, y así empezó a ocupar el lugar del Redentor. Pero al poco tiempo de ordenarse se enfrentó con exigencias que lo superan y lo desaniman: No puede dejar contentos a todos los políticos, porque no puede apoyar a todos los sectores ni darles la razón en todo. Por lo tanto, recibirá críticas por manifestarse a favor de alguno, o se lo acusará de insensible ante los problemas de la sociedad cuando no se manifieste a favor de algo. Tampoco puede responder a las necesidades económicas porque no puede dar dinero a todos los que se lo pidan. Ni siquiera puede responder a las problemáticas “espirituales”, porque muchas veces pasan por la resolución de problemas psico-afectivos, y él no es un sicólogo, ni debería reducirse a ser una especie de terapeuta con barniz espiritual. Y tampoco a nivel doctrinal podrá dejar conformes a todos, ya que las verdades de nuestra fe no pueden probarse ni imponerse, y siempre habrá peros ante la doctrina y las normativas de la Iglesia. Y además, no podrá responder a las exigencias comunitarias, porque todos los “sectores” le dirán lo que él tiene que hacer, pero no podrá dar la razón y apoyar a todos por igual, y por lo tanto siempre habrá algunos descontentos.

Estos tremendos límites hacen que no reciba las gratificaciones que él creía merecer antes de ordenarse, por más que se desviva y se rompa la cabeza pensando y planificando. No es tan aplaudido ni felicitado como esperaba, no ha podido realizar su sueño de cura experto en todo, no cumplió su ideal exitista y egocéntrico. Y entonces viene la frustración, porque a él no lo conforman las medias tintas, no quiere ser del montón. Por lo tanto, comienza a dedicarse a cumplir con lo mínimo indispensable y a “hacer su vida”, defendiendo a toda costa sus espacios de privacidad y de disfrute.

En cambio, hay un ímpetu interior, un fervor que se mantiene en medio de aparentes fracasos y contradicciones externas, si el evangelizador cree firmemente en el poder de Dios que actúa a través de él,

¹⁰ No estamos hablando, evidentemente, de éxitos mundanos o reconocimientos sociales, logros que podrían alcanzarse sin la gracia de Dios o sin recta intención, sólo con planificación, empeño y astucia.

¹¹ PABLO VI, *Evangelii Nuntiandi* 75.

¹² J.M. URIARTE, *La espiritualidad del sacerdote*, en *Pastores* 12 (1998) 43.

Jesús mismo realiza acciones significativas del Reino. No pretendió hacerlo todo

también cuando humanamente parezca infecundo. San Pablo incluía las persecuciones y las contradicciones en aquella “espina” que lo hacía tambalear a veces. Pero en el encuentro con Jesús esa espina se convirtió en un instrumento del poder de Dios: “Te basta mi gracia, porque mi poder se manifiesta mejor en tu debilidad” (2 Cor 12,10). A partir de esa convicción, la reacción de Pablo ante las dificultades en el ministerio dejó de ser una sensación amarga de impotencia, y comenzó a ser confianza en el misterio de Cristo, que despliega su poder por caminos que sólo él conoce y con tiempos que sólo él controla: “Me glorío en mis debilidades, porque así residirá en mí la fuerza de Cristo” (2 Cor 12,9).

Pero esa experiencia interna verdaderamente liberadora, sólo se adquiere cuando hay una convicción firme del poder de Dios que actúa a través de uno. Por eso, hablando del fervor interior que mueve al evangelizador, hay que decir que “el fundamento del mismo ha de radicarse en una inquebrantable confianza de que el poder de Dios está presente en el que transmite su Palabra”¹³. La omnipotencia se cura con la confianza.

El evangelizador trabaja desde los brazos de Cristo, pero debe estar convencido de que no se ha arrojado en brazos débiles. Sin esta seguridad interior, las contradicciones, los fracasos y dificultades del ministerio, el sentido de impotencia que contradice los deseos inconsistentes de omnipotencia, lo llevarán a buscar otros brazos donde arrojarse para poder sobrevivir a la angustia.

3. Evitando el síndrome del globo desinflado

Hay que tener en cuenta también que la ansiedad que se ha hecho “carne” necesita ser tratada a tiempo con el apoyo de recursos adecuados: determinada gimnasia, ejercicios de respiración, caminatas, una ayuda profesional. También, ejercitándonos en renunciar a determinadas posibilidades que se presentan, relativizando la importancia de esas tareas y entregando a Dios esa renuncia, en orden a no seguir llevando de multiplicidad la ya fragmentada actividad cotidiana.

¹³ G. RODRIGUEZ MELGAREJO, *¿Una mística de la evangelización?*, en *Teología* 49 (1987) 85.

Pero también puede suceder que nos decidimos a tomar estas opciones cuando ya es un poco tarde; es decir, cuando el cansancio se ha convertido en fatiga, en desgana, en sin-sentido, en acedia, cuando ya la actividad pastoral ha pasado a ser como un trabajo, lo más limitado posible, que nos permite sostener una vida cómoda, cuando ya se trata de un “cansancio interior peligroso, signo de una desilusión resignada frente a las dificultades y fracasos” (PDV 77).

Junto con esa fatiga se hace presente el *relativismo*, que a veces se alimenta también de un pluralismo poco sano que transmiten los medios de comunicación, y nos lleva a restarle importancia al valor de nuestro aporte al pueblo y a la sociedad, optando así por una vida indiferente y apática que prolonga y acentúa el vacío interior:

*“Hemos de admitir que hemos privado a la sociedad civil de la aportación de nuestra espiritualidad para hacer un mundo más humano. Hemos creído que nuestra pobreza y nuestra virginidad, la invitación de Jesús a poner la otra mejilla y perdonar, las bienaventuranzas, los frutos del Espíritu Santo, etc., eran poco importantes para la vida social, o que no eran fáciles de entender en una sociedad competitiva... No nos hemos preocupado, por lo tanto, ni individual ni comunitariamente, de hacer ver la importancia y significación de nuestro riquísimo patrimonio espiritual para la vida del individuo”*¹⁴.

De creer que éramos los salvadores, pasamos a sentir que en realidad todo da lo mismo. Pero esta triste apatía, fruto de un orgullo lastimado, fracasado e insatisfecho, suele disfrazarse de una supuesta espiritualidad del “Deus semper maior”; es decir, la persona que ha optado por una vida cómoda, por hacer lo mínimo posible y dedicarse sobre todo a sí mismo, gusta pensar y decir que en realidad todo es relativo, porque “Dios es siempre más grande”, porque Dios es lo único absoluto.

Pero si bien es sano relativizar la importancia de lo que uno pueda hacer, esa relativización debe situarse en un contexto de generosidad y entrega que supone que Dios quiere obrar a través de nosotros y con nosotros como instrumentos para hacer el bien. No hay que olvidar que Dios normalmente realiza su obra a través de mediaciones humanas. Sin embargo, la persona que se cansó de buscar una gloria personal sin

¹⁴ A. CENCINI, *Vida en comunidad: Reto y maravilla*, Madrid 1998, 36.

Desconfianza del valor que tiene la aportación de la espiritualidad

Importa el equilibrio entre valorar lo que hacemos y saber que no todo hemos de hacerlo nosotros

poder conseguirla, prefiere renunciar a cumplir su papel de instrumento diciendo que Dios puede obrar más allá de lo que uno haga. Se trata sólo de una bella excusa para fundamentar una opción por el individualismo y la comodidad, lógica consecuencia del ensueño de haberse sentido un dios.

Por eso es importante alcanzar a tiempo un sano equilibrio que nos permita amar lo que hacemos, vivirlo en profundidad y con entusiasmo, reconocer su importancia y su valor, pero al mismo tiempo relativizar la necesidad de que nosotros lo hagamos todo. Es imprescindible renunciar a ciertas tareas —y a algunas posibles realizaciones de nuestras tareas— que no están a nuestro alcance, si queremos seguir viviendo en profundidad lo que hacemos; pero también es necesario poner en lo que hagamos toda la pasión, el gusto, las ganas. La actividad debe estar iluminada por el “Deus semper maior” que muestra lo relativo de todo, pero también por la consciencia de ser amado y llamado por Dios para una misión generosa de acercar a otros la experiencia de ese amor divino:

“La experiencia de la misericordia recuerda al presbítero una vez más que el amor que ha recibido es para que se dé a los demás. Esta es la verdadera razón de la propia vida, la única y apasionante explicación del propio destino, el motivo dominante que sirve de trasfondo a todo acontecimiento y que aglutina en un modo coherente la propia historia”¹⁵.

Ambas convicciones ayudan a que no se caiga en el activismo desenfrenado y la falsa omnipotencia, pero tampoco en el indiferentismo cómodo que también es corrosivo y enormemente dañino.

4. Optar con libertad y convicción

Antes de caer en tal degradación del ideal, es sano y realista aceptar que la vida sólo me permite un margen de elección, que no puedo elegirlo todo, hacerlo todo, y que muchas cosas no pueden estar sometidas a mi decisión sino a la aceptación libre de los límites. Eso es lo que se llama “asumir la vida real”. Por lo tanto, hay que detenerse

¹⁵ F. VALERA SANCHEZ, *En medio del mundo. Espiritualidad secular del presbítero diocesano*, Madrid 1997, 119.

Aceptar que tenemos un margen de elección

alguna vez para tomar consciencia de las tareas que resultan molestas, desagradables, que impiden entregarse sosegadamente, y preguntarse por la importancia real de esas tareas. Esta pregunta es clave para poder decidir si esas tareas son necesarias o no lo son.

Puede suceder que algunas tareas no sean realmente necesarias, y estén quitando un tiempo precioso que debería dedicarse a cosas más importantes y más libremente queridas. Entonces habrá que tener la valentía de renunciar a ellas o de delegarlas. Estar disponible no significa que haya que hacerlo todo. De hecho, cuando el Papa dice que el sacerdote debe estar dispuesto a “dejarse devorar” (PDV 28), dice también que “es verdad que estas exigencias han de ser seleccionadas y controladas” (ibid.).

Una de las condiciones para evitar el estrés negativo, que destruye la salud física y mental, es ponerse sólo metas realistas y bien delimitadas, que permitan un espacio de opciones personales y la preparación cuidadosa para el trabajo¹⁶. Cuando las metas son demasiado altas y exigentes, la persona es absorbida completamente por esas metas, no le queda espacio para cierta variedad, y no dispone de tiempo para preparar serenamente sus tareas y realizarlas con cierta competencia. Así, sólo cabe esperar que llegue la fatiga, el desgano, la insatisfacción.

Pero cuando en esta selección nos preguntamos cuáles son las tareas indispensables y cuáles son prescindibles, la respuesta no podrá venir sólo de las intuiciones personales o de los gustos; se requiere un planteo objetivo donde se tengan en cuenta las principales necesidades del pueblo de Dios, las prioridades que la Iglesia sugiere, lo que pide el superior inmediato, la naturaleza del propio ministerio, las posibilidades reales de reorganizar la distribución del propio tiempo, etc.

La decisión debe ser tomada frente a Dios, con toda nuestra sinceridad ante él. En su presencia, luego de haber invocado la luz del Espíritu Santo, realizamos una reflexión sincera que nos oriente sinceramente y generosamente a buscar la voluntad de Dios y no sólo nuestro gusto:

“Solamente quien está libre y dispuesto a todo es capaz de discernir con sinceridad. Puede suceder que el Espíritu de Dios me soli-

¹⁶ G. DE MÉZERVILLE ZELLER, *Hacia una psicología de la madurez integral del sacerdote*, en *Pastores* 3 (1995) 26.

Ponerse metas realistas que permitan realizarlas con competencia

Discernir
qué activi-
dad es
necesaria y
asumirla
con paz y
gozo

cite precisamente lo que menos espero y más me cuesta en ese momento. Si no hay de antemano una actitud de apertura, no se puede percibir esa inspiración"¹⁷.

Y si en este discernimiento vemos que la actividad que nos desagrada es realmente necesaria, tendremos que tomar ante Dios la decisión de asumirla, o al menos de comenzar a pedirle a él la gracia de asumirla con paz y con gozo, porque "la acción tiene que gratificar a la persona para que ésta persevere en ella con espíritu"¹⁸. Es decir, difícilmente podrá vivirse una espiritualidad en la acción y una armonía vital cuando la acción concreta es vivida casi siempre a la fuerza, con desagrado, y hasta con el cuerpo tensionado.

Además de la súplica a Dios, que va predisponiendo nuestro corazón para recibir su auxilio, tendremos que buscar las motivaciones necesarias que nos permitan valorar esa tarea; tratar de leer, consultar, reflexionar, buscando ideas sugestivas que nos ayuden a cumplirla más eficazmente y que nos permitan encontrarle un sentido más hondo.

Pero también es necesaria una consideración espiritual que nos ayude a asumir los aspectos duros de esa tarea. Unirse místicamente al Cristo que se entrega en la cruz, ofrecer las molestias por la fecundidad del ministerio, por las personas que queremos, por la santificación del pueblo de Dios, en reparación por los propios pecados, etc.

Cada uno tiene que hallar motivaciones espirituales que le ayuden también a resistir (acto propio de la fortaleza). Porque hay tareas para las cuales el propio temperamento siempre estará naturalmente menos inclinado, y las motivaciones, la oración, la lectura y los consejos que recibamos nunca serán suficientes para remover toda molestia interior.

Por eso, cuando la propia naturaleza nos inclina a despreciar una tarea necesaria, puede resultar indispensable fijar un tiempo para esa tarea. Por ejemplo: ningún sacerdote puede excusarse diciendo que no tiene carisma para atender enfermos, y, sobre todo si se trata de un párroco, la negligencia habitual en la atención de los enfermos no puede justificarse. Por eso, cuando los descuidos se hacen frecuentes, y comienza a ser normal que los fieles mueran sin los sacramentos, que

¹⁷ J. B. LIBÂNIO, *Discernimiento espiritual*, Bs. As. 1987, 41.

¹⁸ COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO (España), *Espiritualidad sacerdotal y ministerio*, en *Pastores* 2 (1995), V.4.

Buscar
también
motivacio-
nes espiri-
tuales para
tomar una
decisión

las familias vean agonizar a sus seres queridos sin recibir siquiera el gesto de la visita de los sacerdotes de su parroquia, entonces se hace indispensable fijar un tiempo para esta tarea, una mañana o una tarde por semana por ejemplo, de manera que ese servicio al pueblo quede asegurado. Una vez fijado este tiempo, el camino espiritual deberá orientarse a encontrar el sentido profundo de esa actividad pastoral, a reconocer existencialmente el valor sobrenatural de esa tarea, a descubrir a Cristo en el enfermo, a gozar percibiendo íntimamente el misterio de la gracia que se derrama misteriosamente en él, etc.

Muchas veces, el solo hecho de asumir que la tarea es realmente necesaria y de entregar a Dios un tiempo fijo para esa tarea, hace que, luego de un tiempo de "ejercicio" la tarea misma nos vaya mostrando su valor y su riqueza, y comenzamos a sentirnos mejor con respecto a esa actividad. Bien se dice que a veces el miedo y las demás sensaciones interiores que se despiertan con respecto a una tarea, antes de realizarla, son en realidad mucho más molestos y desagradables que enfrentar la tarea misma con decisión y fortaleza.

5. Más sobre la "espiritualidad de la dispersión"

La vida en el Espíritu es vivir bajo su impulso de amor; no es un ensimismamiento o una búsqueda permanente de espacios de recogimiento (eso sería si identificáramos "Espíritu" con "alma inmaterial"). Cuando hablamos de espiritualidad, si somos fieles a la Palabra de Dios, el "Espíritu" no es el alma humana, sino ante todo Dios mismo impulsando al hombre al amor. Y por lo tanto, "vivir en el Espíritu" o "vivir espiritualmente" es dejarse impulsar por el Espíritu Santo fuera de sí mismo hacia el otro. De hecho, el Espíritu Santo es el dinamismo, el impulso que provoca la inclinación de amor que hay entre el Padre Dios y su Hijo y que los une como Personas distintas. Y por eso, la obra del Espíritu en nuestros corazones consiste ante todo en inclinarnos efectivamente hacia la comunión amorosa con el otro -Dios y los hermanos-¹⁹.

¹⁹ V. FERNANDEZ, *La mística de estar atento al otro*, en *Comunio* 3 (Bs. As. 1999), 59-74.

Dejarse
impulsar
por el
Espíritu
Santo fuera
de sí hacia
el otro

Proceso de cooperación que permita a la gracia armonizar los diversos aspectos de nuestra vida

Si la actividad se siente como desagradable, repercute en la relación con las personas

Todo lo que se haga o se viva puede estar bajo el impulso de este dinamismo amoroso y así, ciertamente, la persona percibe con gozo que su vida tiene una unidad, un sentido que la unifica y la orienta.

Pero, si bien la gracia de Dios y la caridad siempre nos hacen santos, no siempre nos hacen más sanos y armoniosos, y en nuestra experiencia concreta y cotidiana podemos seguir con la sensación de tensión, nerviosismo, fragmentariedad.

Es necesario entonces un proceso de cooperación que permita a la gracia explayarse en los distintos aspectos de nuestra vida para armonizarlos mejor.

Por eso necesitamos detenernos en algunas consideraciones que nos ayuden a cooperar adecuadamente para poner en mejor relación la actividad y la espiritualidad, de manera que no se las viva como “sectores” distintos que muchas veces entran en conflicto entre sí, sino como ejes vitales que se entrecruzan y se alimentan mutuamente, pacificando las tensiones internas y elevando la calidad de vida.

6. La actividad y las personas

Cuando la actividad se vive como un peso desagradable del que quisiéramos liberarnos, es muy probable que también nuestra relación con los demás sea vivida como algo tensionante, y estemos constantemente a la defensiva, cuidándonos de los demás, sensibles ante sus agresiones y defendiendo permanentemente nuestros derechos, cuidando con angustia nuestros espacios de privacidad e incapaces de encuentros y donaciones gratuitas. Elegiremos con quien juntarnos, a quién dedicarle tiempo y afecto, y optaremos por los que puedan brindarnos una satisfacción, un relax, una caricia a nuestra necesidad de cosas interesantes, a nuestro ego, a nuestra sensibilidad insatisfecha.

Si en esta situación sucede que encontramos una experiencia espiritual que nos brinda satisfacción, entonces la vida espiritual también hace su aporte para acentuar el egocentrismo. En este caso, el mismo “Satanás se disfraza de ángel de luz” (2 Cor 11,14) y hace aparecer como un reencuentro con la mística lo que es sólo un interés de buscarse y contemplarse a sí mismo adornado con una supuesta experiencia espiritual. Amedeo Cencini describe muy bien esta tentación mística:

“El individualismo es sobre todo la negación de una ley bíblica fundamental sobre la experiencia de Dios: la ley de la mediación. Es la pretensión de ponerse en contacto inmediato con Dios levantando torres que lleguen hasta el cielo (Gn 1,4), construyendo edificios espirituales arquitectónicamente perfectos que garanticen la intimidad con lo divino sin pasar por ninguna mediación humana... Tentación clásica del corazón humano, que desde siempre ha querido gestionar autónomamente su relación con Dios, privatizar y dirigir la relación en sí, como si pudiera presentar una ofrenda en el altar sin reconciliarse primero con su hermano (Mt 5,24); o estar en su presencia con una actitud de falsa oración sólo para celebrar su superioridad respecto a los demás (Lc 18,11); o incluso poder responder a su pregunta concreta (¿dónde está tu hermano?) declinando toda responsabilidad para con el prójimo (¿Acaso yo soy el guardián de mi hermano?: Gn 4,9). Es el típico pecado religioso, del creyente piadoso, del hombre que anhela ver el rostro de Dios”²⁰.

Sin el ideal espiritual de salir de nosotros mismos hacia los demás, nos vamos conformando poco a poco –también en nuestra espiritualidad– según el ideal posmoderno individualista, sensual, consumista, y las relaciones con los demás estarán marcadas por este egocentrismo, con un deseo imperioso de poder disponer del propio tiempo y de la propia vida con el menor número de interferencias posibles y de personas indeseadas. Este ideal, lejos de brindar profundas satisfacciones, ahonda cada vez más la insatisfacción.

El auténtico ideal de la caridad cristiana –apertura confiada a Dios que nos impulsa a la apertura generosa a los hermanos– se presenta así como un camino de liberación frente a las propuestas que llegan a trastocar hasta el estilo de vida cristiano. La íntima relación que existe entre las dos actitudes del ideal cristiano (vertical y horizontal) fue claramente expresada en dos puntos de la exhortación del papa a la Iglesia en el Continente americano:

“La Iglesia en América desea conducir a los hombres y mujeres de este Continente al encuentro con Cristo, punto de partida para una auténtica conversión y para una renovada comunión y solidaridad” (EA 12).

²⁰ A. CENCINI, *Vida en comunidad: Reto y maravilla* (cit) 32.

Separar el temor a comprometerse propio de esta época

Caridad: expresión del amor a personas

"Convertirse al Evangelio, para el Pueblo cristiano que vive en América, significa revisar todos los ambientes y dimensiones de su vida, especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común" (EA 27).

A partir de esta propuesta, el mensaje de la Iglesia ayuda a liberar al hombre del encierro en un mundo ficticio de deseo y de insatisfacción que lo aleja de un camino fecundo de encuentro con el otro, con lo real, con la vida misma. Porque hoy "se asume la seducción de lo real, pero se rechazan sus consecuencias"²¹; hay un hondo deseo de encuentro, pero al mismo tiempo un tremendo temor a comprometerse, a implicarse, a ser limitado o afectado por el otro.

Es verdad que sólo cuando nos encontremos plenamente con Dios y con los hermanos en el cielo lograremos la perfecta armonía entre nuestro deseo de seguridad y nuestro deseo de intensidad. También es cierto que esa situación de plenitud y de armonía puede anticiparse. Pero advirtamos ahora que, si la plenitud del cielo no será propiamente un íntimo descanso, ni una actividad organizativa o productiva, sino que consistirá en un encuentro con personas, entonces tenemos que decir que la plenitud terrena que lo anticipa se alcanza ante todo cuando el principal interlocutor de nuestra vida no son las cosas, los logros, los proyectos, sino *los otros*.

Por eso mismo la caridad es la máxima de las virtudes, la que unifica a todas las demás, la que las hace meritorias, la que les da su sentido más noble, la que las orienta al cielo. Porque la caridad se dirige a *personas*; no se expresa en las tareas ni en la relación con las cosas sino en la medida en que sirven para expresar el amor a las personas. Tanto el cielo como sus anticipos tienen que ver ante todo con la intensidad en las relaciones, intensidad que produce al mismo tiempo una profunda seguridad interior (paz).

Por algo S. Tomás decía que tanto la paz como la alegría son frutos propios de la caridad (*STh* II-II, 28 y 29). Tener el impulso, o al menos el deseo sincero, de salir de sí hacia los demás, le da a la vida un sentido profundo que nos hace experimentar que nuestra vida está salvada, más allá de lo que nos suceda, más allá de lo que logremos o no podamos lograr. Eso es seguridad, eso es paz y gozo en el Espíritu.

²¹ E. DIAZ, *Posmodernidad*, Bs. As. 1999, 152. Cf. G. LIPOVETSKY, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Barcelona 1988.

7. ¿Y aquello de "Marta, Marta"?

Precisemos un poco más. Ese estado de seguridad interior (paz) puede coexistir con las tensiones propias del servicio. Por ejemplo, una enfermera no puede estar siempre en estado de relax, pero si trabaja por amor y con amor vive en paz en medio de las tensiones de su servicio a los demás; experimenta, aun en medio de la fiebre del trabajo, la honda satisfacción de saber que su vida está teniendo un sentido. No es el hecho de tener una actividad noble lo que brinda este sentido, sino el modo como se la viva. Y no hay modo sin amor.

Así podemos entender mejor el sentido preciso del reproche de Jesús a Marta, agitada en el servicio, mientras elogia a María, sentada a sus pies para escucharlo (Lc 10,38-42). Este texto *de ninguna manera contrapone la oración a la acción*. Sólo describe dos actitudes diferentes *ante el otro* (sea Dios o el hermano).

Una es la actitud de hacer cosas *en torno a él* sin detenerse en su persona. Otra es la de detenerse para estar *atento a él mismo*, a su persona, aunque eso implique dejar de hacer algunas cosas. Eso marcaba la diferencia entre Marta y María. No hace falta preguntar cuál de las dos era más feliz.

María también habría podido ofrecer a Jesús —el peregrino— algún servicio, pero esa actividad procedería de una atención puesta en su persona, más que en la obra misma. Eso no le quita valor alguno al esfuerzo por la perfección de la obra, a no ser que ese esfuerzo sea realizado de tal manera que comience a opacarse la centralidad de la persona *como punto focal de la atención amorosa*, como objeto directo del interés profundo.

Recuerdo haber oído un comentario sobre un sacerdote ya fallecido. La gente decía que no era fácil conseguir una entrevista con él, porque muchas personas lo buscaban, y él dedicaba sólo dos o tres horas al día a la atención en el escritorio. Pero los diez o quince minutos que podía conceder a alguien, la persona percibía claramente que durante ese tiempo el sacerdote le prestaba toda su atención, como si fuera lo único que existiera en el universo:

"Los desdichados no tienen en este mundo mayor necesidad que la presencia de alguien que les preste atención... Para ello es suficiente, pero indispensable, saber dirigirle una cierta mirada. Esta

El "éxtasis" de amor se manifiesta en toda la actuación de la persona

Centrarse en el otro más que hacer cosas en torno a él

mirada es, ante todo, atenta; una mirada en la que el alma se vacía de todo contenido propio para recibir al que está mirando tal cual es, en toda su verdad. Sólo es capaz de ello quien es capaz de atención"²².

Este es el punto. Se trata del "éxtasis" permanente que produce el amor, y que se manifiesta tanto cuando la persona ora como cuando trabaja, como cuando comparte un momento de reposo, como cuando escucha a alguien o debe preocuparse por un problema ajeno.

Advirtamos que no estamos hablando aquí de "hacer todo por amor a Dios", sino de algo todavía más unificador: *estar centrado en el otro*, sea Dios o un ser humano cualquiera. Ese es el dinamismo nuclear de la caridad. No olvidemos que, en Mateo 25, los "benditos" le preguntan a Jesús ¿Cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer? Eso significa que cuando ellos lo hicieron no se les había ocurrido pensar que lo estaban haciendo por amor a Cristo. Fue simplemente la reacción espontánea propia de la caridad ante el otro. Por supuesto que lo mismo sucede en nuestra relación con Dios. Aun en la oración podemos "hacer cosas en torno a él", o simplemente podemos estar centrados en él y expresarlo de variadas maneras.

Ese es el verdadero "éxtasis": *salir de sí—desde la atención y la intención profunda— hacia el otro*. Y en ese movimiento que brota del corazón y se expresa en una forma de actuar, el hombre no se anula, no se desgasta, sino que alcanza su verdadero ser y se realiza como persona, porque para eso está hecho:

*"En cualquier caso el hombre tiene que llevar a cabo esta empresa: salir de sí mismo... El corazón se posee verdaderamente a sí mismo en el obrar en cuanto sale, y perdiéndose se posee verdaderamente"*²³.

*"La esencia del amor se realiza lo más profundamente en el don de sí mismo que la persona amante hace a la persona amada... Es como una ley de éxtasis: salir de sí mismo para hallar en otro un acrecimiento de ser"*²⁴.

²² S. WEIL, *A la espera de Dios*, Madrid 1993, 72-73.

²³ K. RAHNER, *El año litúrgico*, Barcelona 1966, 28.30.

²⁴ K. WOJTLA, *Amor y responsabilidad*, Madrid 1978, 136.

8. Dios mío y "todas las cosas"

Y ocurre que cuando permitimos al Espíritu Santo que nos saque de nosotros mismos, y nos motivamos y nos ejercitamos para vivir atentos al otro, eso mismo poco a poco nos va reconciliando con *toda la realidad externa* a nosotros. De esta manera se supera la tensión entre interioridad y exterioridad, y dejamos de creer que lo espiritual y lo noble es solamente lo interior, el recogimiento, la concentración en las cosas invisibles.

Cuando San Francisco decía "Dios mío y todas las cosas" (Deus meus et omnia), estaba expresando la admiración de su corazón abierto ante el Misterio deslumbrante de Dios que se refleja *en toda la realidad exterior*, en cada cosa.

Por eso Francisco no era un místico malhumorado que escapaba del mundo, sino un hombre feliz, capaz de gozar inmensamente en el encuentro con lo externo, con todas las criaturas, sus "hermanas". Por eso mismo, cuando Francisco alababa a Dios, en esa alabanza se hacía presente el mundo creado por él: "Te alabo Señor por el hermano sol, por la lluvia, por el viento...". Y sabemos que esas criaturas a veces son molestas, sobre todo para un peregrino, como Francisco. El sol quema, la lluvia detiene al caminante, el viento cansa... Pero Francisco era capaz de alabar a Dios no sólo por esas criaturas molestas, sino también por una de las realidades más temidas de la existencia: la hermana muerte.

¿Qué tipo de espiritualidad nos sugiere esta frase de San Francisco: "Dios mío y todas las cosas"? Es precisamente la espiritualidad que mejor nos puede liberar del engaño espiritual, de una mística alienante y desintegradora. Ya decía San Buenaventura que *"el hombre perfecto no es el que encuentra a Dios en la intimidad, sino el que también puede encontrarlo en el mundo exterior"* (II Sent., 23, 2, 3). De hecho, el desarrollo de una verdadera interioridad o de una sana subjetividad, que supone una actitud respetuosa y atenta ante lo externo, se distingue claramente del subjetivismo:

"La subjetividad se estructura cuando, con respecto a la realidad exterior, el niño acepta no ser él la medida de todas las cosas... Entre él y lo que él no es se establece una distancia, y será allí donde podrá brotar un diálogo con el mundo exterior que sea fuente de interiori-

Admiración del corazón ante el misterio de Dios reflejado en la realidad

dad...La subjetividad humana no puede desarrollarse sino en la medida en que se le ofrece un material rico y variado que la despierte, la estimule, la mantenga ocupada. A falta de objetos a partir de los cuales pueda realizarse un trabajo interior, serán las emociones y las representaciones más arcaicas las que se impongan"²⁵.

Por no reconocer esto, algunas personas construyen una espiritualidad falsa, como un castillo de naipes. Entonces, hacen retiros largos, pasan horas con los ojos en blanco, o hacen largas y apasionadas alabanzas, o tienen tremendas emociones contemplativas, o hablan muy bellamente de su experiencia de Dios, pero en la vida cotidiana parecen ser enemigos de todo, o son hipersensibles ante cualquier crítica o cualquier contrariedad, o son incapaces de dialogar, etc. ¿Por qué sucede esto, si sabemos que el efecto propio de la oración de alabanza es sacarnos de nuestro propio yo, del encierro de nuestro egoísmo y de nuestras tonterías?²⁶ Sucede precisamente cuando en esa alabanza separamos a Dios de nuestra vida, no integramos nuestro mundo concreto, la realidad exterior a nosotros, y así escapamos, nos replegamos, nos evadimos de la áspera realidad que nos rodea. Esa oración, lejos de unificar la vida de la persona, la separa en mil pedazos; lejos de ayudarlo a vivir, lo va matando poco a poco.

²⁵ T. ANATRELLA, *Contra la sociedad depresiva*, Santander 1994, 54-55.

²⁶ V. FERNANDEZ, *Cuarenta formas de oración personal*, Bs. As. 1993, 40-41.

LA PASTORAL DE LAS VOCACIONES EN LAS CIRCUNSTANCIAS ACTUALES

por el P. Raffaele SACCO

Director de la Obra Pontificia de Vocaciones (POVE)

PRIMERA PARTE: DIRECTRICES PARA LA ACCIÓN PASTORAL EN EL CAMPO DE LAS VOCACIONES

No es fácil encontrar un modo, válido para todos tiempos y todas las circunstancias, para llevar a cabo y gestionar la pastoral vocacional. En efecto, para esta actividad eclesial se entra en contacto con un misterio impenetrable que implica la relación que Dios ha establecido con el hombre, relación única y sin parangón, que es percibida y sentida como una llamada que espera una respuesta surgida desde lo más profundo de la conciencia, ese «santuario en el que el hombre se encuentra a solas con Dios y en el que su voz se hace entender» (Gaudium et Spes, 16).

La Iglesia es llamada a explicar y a describir el dinamismo propio de la vocación, su desarrollo gradual y concreto según las etapas siguientes: "buscar a Jesús", "seguirle" y "permanecer con Él" (PdV, n° 34). Por consiguiente, hablar de la Pastoral Vocacional significa dejarse implicar en la misión de la Iglesia que se siente llamada a ocuparse del nacimiento, del discernimiento y del acompañamiento de todas las vocaciones y especialmente de las vocaciones al sacerdocio.

La pastoral vocacional exige, hoy día sobre todo, ser invadida por un ardor nuevo, vigoroso y más decidido por parte de todos los fieles, teniendo la plena convicción de que no se trata de un elemento secundario o accesorio, ni de un momento aislado o concreto, como si fuera una parte más, por importante que esta sea, de la pastoral de conjunto de la Iglesia; es ante todo una acti-